

Editorial *NÓMADAS* No. 12

El proceso de globalización viene acarreado cambios profundos en los ámbitos económico, social, político y cultural de las sociedades contemporáneas. Dentro de esta pluralidad de espacios quizás el económico ha sido uno de los más visiblemente afectados y, dentro de él, la dimensión del trabajo incuestionablemente resulta objeto de significativas transformaciones, en gran medida responsables de las crisis que estremecen hoy al mundo y particularmente a países como Colombia.

Es la razón para que, desde los avances de la línea de investigación del Diuc centrada en el estudio de las Identidades, la temática del trabajo, la globalización y las inequidades que esta última incrementa –de manera diferenciada conforme se pertenezca a los centros o periferias del mundo o de los países–, se convirtiera en eje de la sección monográfica de esta décima segunda edición de *NÓMADAS*. Consideramos un compromiso ético, académico y político del Diuc aportar elementos sustantivos para la discusión de esta compleja problemática.

Por supuesto un tema tan sensible es susceptible de las más disímiles miradas que comprometen distintas perspectivas teóricas, diferentes lecturas e interpretaciones conducentes a la identificación de alternativas para, dentro de los relativos márgenes de autonomía de sociedades como la nuestra, construir y gestionar propuestas que, cuando menos, propendan por la humanización de un capitalismo que en el relance de sus apuestas de desarrollo se torna más implacable que nunca. Así mismo, el mundo del trabajo puede ser visto desde múltiples tópicos: lo fabril-urbano, lo agrario, lo sectorial, lo sindical; sus comportamientos diferenciados según variables de clase, de género o de edad... Son parte de los retos a los que *NÓMADAS* busca responder con esta entrega.

La aludida globalización ha implicado cambios en las relaciones de producción, en las formas de organización laboral y, según algunos analistas, ha puesto en duda incluso la existencia del mundo del trabajo, acorde a su conocida fisonomía capitalista. Emerge como una salida provocada por la presencia de grandes excedentes de capital y se impone desde el postulado que legitima la economía de mercado en tanto, se dice, potencia las economías locales, las vuelve más productivas y competitivas y las hace menos irracionales.

Soportada en el avance de la ciencia y la tecnología, la globalización supone entonces una nueva organización de la economía, de la producción y de las finanzas; desde aquí los capitales circulan convertidos en información, buscando los más altos márgenes de rentabilidad y seguridad, a través de redes que saben identificar las oportunidades del mercado, más allá de las tradicionales regulaciones estatales. Una nueva organización que, otra vez, parte de inequitativas fortalezas: las de los países del centro que les permiten captar la mayor parte del ahorro y la inversión del mundo, conquistar los más sólidos mercados y consumir la más amplia porción de la producción del planeta; en tanto, aquéllos de la periferia, y en aras de sus fortalezas poco competitivas, deben asumir la contraparte de esta lógica económica regulada, como dirían Amín y Herrera en su escrito para este número de *NÓMADAS*, “unilateralmente por el capital mundialmente dominante” que así cuestiona la tan mencionada “libre” apertura de los mercados.

Acaso las urgencias economicistas reducen la globalización a su dimensión económica desconociendo miope y peligrosamente sus capacidades para permear y penetrar las más disímiles instancias de la vida social. Algunos teóricos como Renato Ortiz, reconocen el fenómeno de la actual mundialización de la cultura que, distante de imposiciones exógenas con pretensiones homogenizantes, supone un proceso transformador del sentido de las sociedades contemporáneas. Globalización aludiría a la economía y a la técnica como instancias que involucran una cierta unicidad relativa al componente tecnológico que la sostiene –apropiado sí diferencialmente de acuerdo a los desarrollos de los distintos países y regiones–; mundialización de la cultura convoca universos simbólicos en los que convive la diversidad –de lenguas,

religiones, etnias, etc.– y da cabida a factores de orden político al articular niveles diferentes de la realidad social. Es desde aquí donde la mencionada miopía resultaría poco rentable al pensar en los procesos de transformación de nuestras sociedades.

Superar la crisis capitalista que suponen los capitales flotantes ávidos de rentabilidad, implica cambios en los aparatos productivos y en las formas de organización de las distintas sociedades: aquéllas que según su lugar en el planeta –centro o periferia– se insertan positiva o negativamente, activa o pasivamente en la ineludible globalización. Son cambios que involucran lo legal, lo político, lo laboral, desde las demandas de la llamada “liberalización” del mundo del trabajo; esto es, flexibilizar lo laboral, liberalizar precios y salarios, debilitar las “rigideces sindicales”, reducir el gasto público, entre otros, privatizando los servicios públicos, abolir las regulaciones del comercio exterior dando cabida a la “libre” apertura de los mercados. En otras palabras, es someter a los países, particularmente a los del Tercer y Cuarto mundos, al llamado “ajuste estructural” desde lineamientos conservadores liderados por los organismos internacionales.

Las consecuencias de tal ajuste –distinto para países hegemónicos o subalternos y, dentro de ellos, diferente si se trata de los dueños de las riquezas o de las clases trabajadoras–, con Ricardo Antunes se sintetizan en la desproletarización del trabajo industrial fabril, con mayor intensidad en las sociedades avanzadas; creciente expansión del trabajo asalariado en el sector servicios que, con más énfasis en las regiones industrializadas, supone un intenso proceso de asalaramiento de los sectores medios; heterogenización del trabajo con la incorporación de amplios sectores femeninos; subproletarización intensificada, manifiesta en la expansión del trabajo parcial, temporal, subcontratado, cercano o inmerso en la informalidad; subproletarización que desde uno u otro ámbito habla de la precariedad del empleo y la remuneración, de la desregulación de las condiciones de trabajo hasta ahora vigentes, es decir, de la ruptura de contratos sociales que directa o indirectamente regulaban los mundos laboral y social.

Ajuste que a escala global –pero con mayor impacto en el Tercer Mundo– ha significado una expansión sin precedentes del desempleo estructural que, en la reducción del proletariado industrial, incrementa el subproletariado moderno. Un desempleo que afecta todos los sectores laborales, incluido en trabajo intelectual cuyas transformación conducen a que se hable hoy de la intelectualidad de masa, como nueva capa de trabajadores igualmente precarizada, jerarquizada y explotada por una industria que no sabe valorizar la riqueza inmensa de la creatividad.

Son parcialmente algunas de las mutaciones del mundo del trabajo, unidas a la tendencia a la individualización de la relación salarial y a los procesos que, según países y ramas de la producción, demandan índices crecientes de calificación o descalificación de la mano de obra asalariada. Mutaciones que sin lugar a dudas merman la capacidad negociadora de los trabajadores y, las posibilidades de fortalecer sus organizaciones y sus luchas.

Estos son parte de los problemas que en el apartado inicial de la sección monográfica de este número abordan distintos teóricos desde perspectivas y lugares diversos que, entre otros, muestran los contrastes entre un capitalismo expansivo y uno en contracción y uno en contracción, aportando elementos sustantivos a un debate no sólo necesario sino urgente. La segunda parte, reconoce la diversidad de lo laboral señalada en los artículos anteriores y, en consecuencia, las posibilidades de múltiples abordajes investigativos. El mayor número de estos escritos recoge estudios que involucraron acercamientos empíricos a ámbitos diversos del trabajo: urbano, agrario, femenino, infantil, de maquilas, así como a los entornos sindicales; sus resultados, las más de las veces, corroboran lo teóricamente planteado. En vía de ejemplo, en el dominio del empleo colombiano la supuesta inflexibilidad laboral no era la causa del creciente desempleo: en la flexibilización asumida hace ya varios años, se redujeron los costos laborales y el incremento en el número de desempleados continua. El trabajo agrario, el de las mujeres, los niños, la salud ocupacional de los trabajadores y las condiciones laborales de las maquiladoras de México, en verdad han sido blanco nítido de las fuerzas globalizadoras. Se evidencian cambios que no pueden reducirse a la anunciada desaparición de la clase obrera: en las condiciones laborales ratificando

las precariedades anunciadas y que demuestran cómo “se complejizó, se fragmentó y se hizo más heterogénea la clase-que-vive-del-trabajo”.

En el tercer apartado de lo monográfico es manifiesta la ausencia de miradas investigativas que asuman esa distancia garante de reflexiones y argumentaciones “neutrales”, rigurosas que permitan ubicar el problema obrero en el contexto mundial del cual hace parte. De cualquier manera, dos de los escritos de este capítulo encuentran que no obstante la reducción de la clase obrera y del número de sindicalizados en el mundo, este movimiento ha encontrado formas de acción que permitirían pensar en la recomposición del sentido histórico de la organización sindical, posibilitadora de acuerdos internacionales, de articulaciones de las organizaciones gremiales con la sociedad civil y de una más activa participación política que, en el caso colombiano, tiene su mayor expresión en la reciente creación del Frente Social y Político como opción partidista alternativa, distante de organizaciones de izquierda o derecha tradicionales.

Por último, tres millones de desempleados colombianos, esto es, el 20% de su Pea, presiona para que sociedades como la nuestra inicien la búsqueda de caminos alternos, conforme lo revela el escrito del movimiento Los de Abajo. Como lo plantean, entre varios, Amín y Herrera, se requiere con urgencia “la organización de las víctimas de la polarización capitalista –en tanto– sólo ellas pueden librar las luchas para transformar el mundo”. Es un imperativo histórico el que emerjan fuerzas locales activas capaces de formular la propuesta de un nuevo contrato social que modifique las reglas que actualmente ordenan la distribución del ingreso, del consumo y las decisiones de inversión. Fuerzas que logren la reconformación de un Estado eficaz, comprometido con estrategias de desarrollo interno y externo; dueño de la capacidad para impulsar proyectos de integración que reconceptualizando lo regional, posibiliten negociaciones colectivas interregionales desde lo político y desde lo económico.

Es la premura por reflexiones que permitan la construcción de una propuesta capaz de aunar las fuerzas sociales en todas las regiones del planeta “para la construcción de un mundo multipolar y democrático en el que la interdependencia organizada permitiese mejorar las condiciones de su participación en la producción y en el acceso a mejores condiciones de vida”.

DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES